

Endiablado dilema

Santos Juliá, El País, 09/01/2005

ES POSIBLE QUE el apoyo de Batasuna al plan Ibarretxe haya cogido desprevenido -como dice Otegi- al PNV y le haya obligado a modificar la táctica elaborada para los próximos meses. Es posible. Pero lo seguro es que ha pillado por sorpresa a los socialistas vascos, y de rechazo al Gobierno, que habían presentado frente a la comunidad nacionalista encarnada en el lehendakari unas "Bases para la actualización y reforma del Estatuto de Autonomía" sostenidas en el ambiguo e inquietante concepto de comunidad nacional. Confiados hasta el último momento en que el lehendakari se mantendría fiel a su palabra y no aceptaría votos procedentes del conglomerado ETA-Batasuna, los socialistas daban por descontado que el futuro del plan Ibarretxe, una vez rechazado en el Parlamento vasco, se solventaría en las próximas elecciones al tener que enfrentarse, en condiciones más o menos de igualdad, con su propio proyecto de comunidad nacional.

La estrategia del PSE se sostenía en difusas expectativas más que en sólidas razones. Si los socialistas presentaban en las próximas elecciones una propuesta de reforma de Estatuto atractiva para nacionalistas moderados y populares cansados y lo único que encontraban enfrente era la obstinada y tozuda determinación de mantener en vida un plan rechazado ya en el Parlamento vasco, atraerían a un buen número de votantes, imposibilitando así la formación de una mayoría nacionalista. En tales circunstancias, la coalición PNV-EA no tendría más remedio que abrirse a la posibilidad de una negociación con el PSE/PSOE a la que cada cual llevaría un plan de nuevo Estatuto: el primero, rechazado por el Parlamento vasco; el segundo, en fase de elaboración y, por tanto, negociable. De esa obligada negociación se esperaba sacar a la política vasca de su empantanamiento siguiendo lo que podría definirse como vía catalana: un acuerdo entre nacionalistas y socialistas al que el PP no tendría más remedio que adherirse aunque fuera a regañadientes.

La ensoñación, si existió, ha sido liquidada de un plumazo. La teórica virtualidad de las "Bases" elaboradas por los socialistas para atraer al tiempo a votantes nacionalistas y constitucionalistas se ha visto cortocircuitada por la

decisiva intervención de Batasuna, que, al despejar de obstáculos el camino de la "Propuesta de Reforma de Estatuto Político de la Comunidad de Euskadi", ahonda la escisión política y social de Euskadi consagrada por el acuerdo de 1998 entre ETA, PNV y EA, y ratificada un mes después por el pacto entre PNV-EA y HB. Sin nombrar nunca a ETA, sin recordar para nada que los votos que han hecho posible que su plan siga adelante son votos de ETA, Ibarretxe ha reforzado desde el 30 de diciembre la unidad nacionalista más eficaz para un tramo decisivo del recorrido de su propuesta, el que la llevará hasta las próximas elecciones autonómicas sin necesidad de negociar nada con los socialistas.

Porque de aquí a mayo, Ibarretxe insistirá machaconamente, como es su costumbre, en que su propuesta ha sido aprobada no ya por el Parlamento, sino por la sociedad vasca en su conjunto; que él ha querido negociar su contenido con el Gobierno español; que ha tropezado con una negativa radical de quienes no aceptan decisiones adoptadas democráticamente por el pueblo vasco y que, por tanto, sólo tiene un camino: volverse a la misma sociedad vasca que aprobó su plan y preguntarle si se ratifica en su decisión. Si además consigue, como en Lizarra, una "tregua indefinida" de la organización terrorista, que ahora le ha prestado tres votos, convertirá las elecciones en un plebiscito por la paz cuyo resultado legitimaría la convocatoria de ese referéndum o de cualquier suceso sin necesidad de exigir la disolución de la banda y la entrega de los arsenales que todavía pudiera conservar: le bastará con que los jefes de ETA anuncien la famosa tregua para darse por satisfecho. Lo que vaya a venir después le trae, de momento, sin mayor cuidado.

De ahí el endiablado dilema en que los tres votos de Batasuna -más el inveterado oportunismo de Izquierda Unida-Ezker Batua, que algún día habrá de pagar- han colocado a los socialistas vascos: si refuerzan el carácter plebiscitario que el PNV pretende dar a las elecciones de mayo, malo; pero si abandonan la senda pacientemente recorrida desde el cambio de su secretario general, peor. Sí, es posible que el golpe de ETA y Batasuna prestando su apoyo al *plan Ibarretxe* haya desconcertado momentáneamente a Imaz; es posible. Pero lo seguro es que ha dejado a López con su estrategia arruinada: recomponerla exigirá tiempo y astucia. Y de lo primero hay poco, y para lo segundo apenas queda margen.

Vivir juntos

Santos Juliá, *El País*, 06/02/2005

HAY UN DETALLE en el debate sobre el plan Ibarretxe del que apenas se habla, aunque a Rajoy no se le pasara por alto en su excelente discurso: el número de diputados vascos en el Congreso español que votaron en contra, 11, fue superior al de diputados vascos que votaron a favor, 8. Lo significativo es que magnitudes aproximadas se han repetido a lo largo de los últimos años: socialistas y populares vascos envían al Congreso más diputados que nacionalistas vascos, con o sin el voto de Batasuna.

De manera que si el plan Ibarretxe se hubiera discutido en el Congreso sólo entre diputados vascos -de los que desafortunadamente sólo pudimos oír a los nacionalistas, únicos beneficiarios de la generosidad presidencial-, habría salido también rechazado. De hecho, ese plan fue aprobado en el Parlamento de Euskadi gracias, primero, al voto de un partido -Izquierda Unida en su versión vasca- que está en desacuerdo con su contenido, pero que no tiene más remedio que votar a favor si no quiere perder su plato de lentejas, y, segundo, a la obscena maniobra de un partido que, aparte de ser brazo político de una organización terrorista, también ha manifestado que está contra el plan y que lo único que en la ocasión le importaba era recuperar el protagonismo perdido tras su ilegalización. Estos dos apoyos -decisivos para que el plan siguiera adelante- se diluyen fuera de la Cámara vasca: el de Izquierda Unida porque, aunque chapotea en la nada, se resiste a cometer suicidio; el de Batasuna, porque no cuenta.

Y entonces, o bien los votos de los diputados vascos no son vascos de verdad, o bien el plan Ibarretxe ha sido rechazado por una mayoría de diputados vascos con escaño en el Parlamento español. En cualquier caso, ¿dónde está esa mayoría absoluta de la que tanto alardea el lehendakari? Pues está a trancas y barrancas en el Parlamento vasco, pero no en la sociedad vasca representada en el Congreso de los Diputados. Lo cual, sin duda, no es desconocido por los estrategas del PNV en su larga lucha por hacerse con esa ansiada mayoría que la sociedad les niega.

Se la niega desde siempre. Llevamos ya 30 años con la misma historia a cuestas: los múltiples y continuados esfuerzos por erradicar todo lo que en Euskadi

no sea exclusivamente nacionalista han fracasado. Socialistas y populares han contemplado en la impotencia el asesinato de afiliados y dirigentes; han sufrido desaires y desprecios sin cuento. Y, sin embargo, ahí están, más numerosos que hace 30 años. Ni siquiera las dos últimas ofensivas han podido con ellos: declarados enemigos de la nación vasca en el pacto infame suscrito por PNV-EA con ETA en 1998 y empujados a la condición de no-nacionales en la propuesta de Ibarretxe, los votantes del PSE y del PP no renuncian a su doble condición de vascos y españoles.

Lo cual les sitúa en una tradición más arraigada en el País Vasco que la tradición nacionalista, aparecida hace poco más de un siglo: apellidos vascos diseminados por toda España; ingenieros, arquitectos, urbanistas, filósofos, cineastas, cantantes, poetas, novelistas vascos que han ejercido su profesión o su arte en todos los ámbitos de la Península; industriales, comerciantes, financieros vascos que han contribuido al desarrollo económico español convirtiendo por lo mismo a Euskadi, a comienzos del siglo XX, en principal región industrial de España. Zapatero ha llamado a esta realidad, histórica y actual, "vivir juntos", un hecho que exasperaba a Sabino Arana, que consideraba a los "maketófilos" -vascos que se trataban o emparentaban con españoles- los peores enemigos de su Euskeria racial, enclaustrada y homogénea. Pero la lista de vascos españoles es interminable y sus frutos inapreciables. De ninguna manera merecían el tributo tan terrible que han debido pagar por mantener su doble identidad.

Esa historia y ese presente es lo que por medio de una presión ejercida desde el poder pretendía liquidar el plan Ibarretxe. El poder, cuando engorda de esencias nacionalistas, dispone en las sociedades modernas de una capacidad de movilización y coerción inigualables. Es increíble que, ejerciéndolo a fondo, los nacionalistas no hayan logrado quebrar las resistencias que en su propia tierra se oponen a la ruptura de todos los vínculos que unen a sus ciudadanos con España. Pero así están las cosas antes de que presenciemos el inminente asalto de esta voluntad de liquidación, la conversión de las próximas elecciones autonómicas en un plebiscito. La movilización será incansable, las llamadas urgentes, la presión continua. Les va la vida en obtener, por los medios que sea, con las patrañas que sea, la mayoría absoluta para seguir arruinando la última oportunidad de vivir juntos.

Memoria de las víctimas

Santos Juliá, *El País*, 20/03/2005

LA DISTANCIA respecto al pasado no deja nunca de crecer, mientras que las expectativas de futuro no dejan de menguar: no se trata sólo de una melancólica reflexión propia de la edad, sino de un cambio radical en nuestra cultura política. Es curioso leer hoy cosas escritas en las décadas de los sesenta y setenta, cuando se pensaba que alguna revolución, la francesa o la rusa, llevaba todavía en su seno tareas pendientes de cumplir. Poco después, en 1989, Mitterrand decidió que la Revolución Francesa había acabado y Gorbachov actuó como si la revolución soviética en lugar de abrir el futuro lo hubiera bloqueado. El futuro, que recibía sus iluminaciones de esos acontecimientos -un historiador como Hobsbawm escribía a finales de los años setenta que la revolución rusa marcaba el camino por el que habría de transcurrir antes o después toda la historia universal-, aparecía de pronto más indeterminado, más oscuro que nunca.

De ahí que junto a esa liquidación de lo que fue y esta incapacidad de profetizar lo que vendrá se produjera una especie de fragmentación o estallido de la memoria: no era posible construir un relato del pasado capaz de transmitir sentido al presente. Para remediar tan dramática fisura, la memoria, actividad espontánea de cada individuo, pasó a convertirse en un deber colectivo: no somos nada socialmente si no recordamos. Aquel acontecimiento traumático que sucedió cierto día en el pasado debe ser continuamente traído a la memoria como vehículo imprescindible para encontrar sentido a lo que somos en el presente. Lo que un día fue duelo se transforma así en rasgo indeleble de la identidad, y la memoria se convierte en exigencia de reparación de lo que en sí mismo es irreparable: la pérdida de un ser querido, la quiebra de un modo de vida, la marca para siempre en el cuerpo de los trozos de metralla. La memoria de que un día se fue víctima de un atentado terrorista se transforma en principal rasgo de la identidad de quien lo sufrió: se es ya para siempre víctima. Nosotros, las víctimas, se dice entonces, proclamando que haberlo sido confiere para el futuro la sustancia de una identidad perdurable.

Perdurable quiere decir que si la memoria es un deber permanente, la

reparación lo será en la misma medida: no es suficiente levantar un memorial, tampoco recibir una compensación moral o material. El memorial una vez construido, la compensación una vez alcanzada, sirven para recordar no sólo a las víctimas, sino para hacer presente cada día el deber colectivo de su recuerdo y reafirmar así su identidad como víctima. A las víctimas, identificadas en este proceso como un sujeto colectivo, se les confiere entonces una especie de privilegio de la mirada: por haber sufrido, la suya sería la más limpia a la vez que la más profunda; ven aquello para lo que los otros están ciegos y poseen un especial derecho a que su mirada identifique con más altura y penetración que ninguna otra los problemas del presente.

Pero, como ha señalado Giovanni Levi, un exceso de memoria produce una saturación que puede obstaculizar el juicio. Las víctimas, que reclaman con razón solidaridad, no pueden reclamar mayor agudeza para ver ni mayor capacidad para juzgar. Más aún, las víctimas, en la medida en que se dejen aprisionar por el deber de la memoria y pretendan, en nombre de las reparaciones que en justicia les son debidas, emitir un juicio público sobre lo que debe hacer o no una comisión de investigación, un Gobierno, un partido político, un tribunal, se prestan fácilmente a la manipulación de grupos más poderosos y mejor organizados que los suyos; grupos capaces de dar -o quitar- resonancia a sus intervenciones, de hacer de ellas figuras mediáticas, de convertirlas en instrumento de una política.

Entre el recuerdo privado y espontáneo y la memoria como deber colectivo existe un espacio que no deberían traspasar quienes han sufrido un atentado que los convierte en víctimas: mantener el recuerdo como una dimensión de la existencia que no bloquee la percepción del presente, que no juzgue el presente en función exclusiva del acontecimiento del pasado. Nadie puede actuar sobre el presente si por una saturación de memoria queda aprisionado, bloqueado, en lo ocurrido en un momento de su existencia, por muy doloroso e inhumano que el acontecimiento haya sido. En tal caso podríamos encontrarnos atrapados por una memoria que impide percibir las novedades que el tiempo se encarga de echar encima de nuestras espaldas. Atados por el pasado, seríamos entonces incapaces de afrontar el presente y abrir nuevos caminos al futuro: ése es el problema de las memorias saturadas, el problema al que un día habrán de enfrentarse las asociaciones de víctimas del terrorismo.

Esquema de final dialogado

Santos Juliá, El País, 10/07/2005

LA REVELACIÓN de presuntas conversaciones entre el partido socialista y Batasuna, efectuada por Juan José Ibarretxe, ha desviado la atención del nuevo plan que el mismo Ibarretxe acaba de presentar bajo el nombre de "esquema de final dialogado de la violencia". Ante todo, el lehendakari ha puesto buen cuidado en diferenciar su esquema del objetivo de derrota del terrorismo, que atribuye a la actitud negativa y a la política obstruccionista de socialistas y populares en la anterior legislatura. Ahora, según afirma, ya no se trata de buscar la derrota, sino de iniciar el diálogo. Tal vez los socialistas tendrían que decir algo en torno a esta cuestión, porque lo que el lehendakari saca en conclusión de su nuevo "escenario" es que el PSOE no piensa hoy lo que pensaba hace cuatro años.

Pero si el PSOE no piensa igual, el lehendakari sí, como se ha encargado de aclarar. De la misma manera que su famoso plan obtuvo la mayoría absoluta en la pasada legislatura, ahora, después de unas elecciones en las que su partido ha perdido cuatro diputados, su Gobierno ha logrado el "refrendo democrático para liderar el futuro". Evidentemente, a Ibarretxe no le importa nada que ese refrendo tampoco proceda de la mayoría absoluta de la sociedad vasca, sino de la que Batasuna le administra con cuentagotas. Maestro como es en el arte de birlibirloque, el lehendakari ve sociedad donde el resto sólo percibe a dos diputadas comunistas de las tierras vascas que le prestan sus votos.

Lo prestan, claro está, con intereses y fecha de vencimiento. A cambio de los dos votos de EHAK, y siguiendo su inveterada didáctica trifásica, el lehendakari acepta dividir su esquema en varias etapas. La primera, llamada "diálogo sin condiciones", debe echarse a rodar de inmediato, sin esperar a que ETA abandone las armas. Su contenido será consensuar procedimientos, establecer calendarios, tejer complicidades. Pero, atención: que para ese diálogo no hay que poner condiciones "es algo tan obvio como que estamos dialogando ya". Está dialogando el PNV, pero está dialogando el PSOE. Pues bien, si se dialoga ya, hágase a la luz del día, con todo el mundo sentado a la mesa y a la vista del público.

Hay que dialogar con Batasuna sin condiciones, eufemismo para decir: sin exigir a ETA la renuncia definitiva a la violencia. Eso queda para la segunda etapa, cuando desde la mesa de negociación se abra el "espacio de diálogo resolutivo". Sólo cuando todos los participantes en la mesa alcancen el nuevo espacio, ETA tendrá que abandonar las armas, porque tal espacio, según nos dice el lehendakari, no puede estar acompañado de la violencia de ETA ni de ese sustitutivo -Ibarretxe lo tiene más claro que los tres jueces de la Audiencia Nacional que de pronto se han quedado ciegos y no ven lo que tienen ante las mismas narices- que es la kale borroka.

En ese espacio de diálogo habrá que alcanzar, según el programa de gobierno, un Acuerdo Político -con mayúscula, como antes se escribía siempre Propuesta de Nuevo Estatuto Político- que será trasladado en la presente legislatura a la tercera y última fase, la de un "escenario de consulta". Nada se dice de la mayoría requerida para ese Acuerdo, y no se menciona siquiera la posibilidad de presentarlo ante el Parlamento español. Se trata de un nuevo proyecto soberanista, que no revestirá el carácter de una reforma de estatuto, sino de un acuerdo negociado en una mesa de partidos que, una vez aprobado por la mitad más uno de los participantes, se llevará ante el Parlamento vasco para que autorice una consulta popular. Las declaraciones del lehendakari y el texto del Acuerdo de Coalición dan por supuesto que las instituciones del Estado no tendrán más alternativa que aceptar el resultado final de todo este proceso.

Tratándose de piezas programáticas tan explícitas y contundentes, sorprende la confusa respuesta de los socialistas, siempre a la defensiva. Algo menos de gobernanza y un poco más de gobierno, habría que decirles, pues estamos ante un esquema que el tripartito vasco y su presidente anuncian con toda claridad y que sacarán adelante con los dos votos que Batasuna les ofrece en préstamo cada vez que los necesitan. Y ante un esquema definido con tanta precisión, con sus tres fases de diálogo sin condiciones, espacio de resolución y escenario de consulta, el Gobierno no tiene más remedio que mirar de frente y transmitir a la ciudadanía algo más que buenos deseos y la petición de una confianza que, de momento y por lo que se refiere a esta cuestión, no ha hecho gran cosa por merecer.

De transiciones y ETA

Santos Juliá, El País, 25/09/2005

AUNQUE A PRIMERA vista no lo parezca, los tiempos que corren ofrecen más de una similitud con aquellos otros, no tan lejanos, de la transición. Es curioso, cuando se visita las publicaciones de la época, que también entonces se celebrara el talante del nuevo presidente que vino a sustituir al malaje de Carlos Arias. Adolfo Suárez, en efecto, al poco de llegar a la presidencia, ya había demostrado tener unas maneras que a todo el mundo gustaban. El talante era hablar con todos; hablar de verdad; tres, cuatro, hasta seis horas seguidas decía Carrillo que habían estado charlando en cierta ocasión.

De lo que hablaban era del futuro, sobre el que nadie tenía mucha idea, más o menos como ahora, sólo que en otro nivel: entonces había que desmontar el aparato institucional de una dictadura y emprender el camino hacia un proceso constituyente. Hoy es distinto; hay Constitución y hay democracia; pero no deja de ser llamativo que el anterior presidente del Gobierno español, José María Aznar, y el *president to be* del catalán, Josep Lluís Carod, lo hayan definido literalmente de la misma manera: segunda transición. Lo que España necesita es una segunda transición: así tituló Aznar un libro en 1994 y así titula Carod un artículo diez años después: habrá que tocar madera.

También entonces, como ahora, una expectativa se extendió como el aceite por todas las mesas políticas: ETA iba a desaparecer. Antes de emprender el largo y sinuoso recorrido de la primera transición, casi todos llegaron a estar de acuerdo en una cosa: que para iniciar con buen pie el camino era preciso decretar una amnistía general. Indultos y amnistías habían ido jalonando todo el proceso hasta las elecciones de junio de 1977, pero todavía quedaban algunos presos de ETA en la cárcel -pocos, realmente, porque la mayoría había salido ya antes de las elecciones- y era convicción común, defendida con pasión en el primer Congreso de los Diputados, que sólo con una amnistía general volvería la paz y se podría comenzar una nueva era.

Y entre mediados de octubre y finales de diciembre de 1977 todos los presos, procesados o condenados por actos terroristas de intencionalidad política, siempre que en dichos actos los jueces percibieran un móvil de

"reivindicación de las libertades públicas o de autonomía de los pueblos de España", salieron a la calle. La fiesta sólo terminó cuando "el último preso vasco", Francisco Aldanonda Badiola, *Ondarru*, recibió la apoteósica bienvenida de sus paisanos de Ondarroa. Todo el mundo celebró la efeméride en la cándida pero profunda creencia de que la amnistía cerraba una página de la historia y liquidaba los "móviles" por los que aquellos "presos políticos" habían secuestrado y matado.

También, o sobre todo, lo celebró ETA, que interpretó el acuerdo parlamentario como una debilidad del Gobierno y decidió arreciar en su campaña de asesinatos. Si en diciembre de 1977 no quedaba ningún preso vasco en la cárcel, a finales de 1978 los atentados de la organización terrorista habían acabado con la vida de 68 personas, más que la suma de todos los años anteriores. Tal vez sea el español el único caso en que un Parlamento haya decidido amnistiar a presos de organizaciones terroristas sin que constara en absoluto su voluntad de abandonar la violencia como instrumento de la política. Tan arraigada estaba la convicción de que la espiral violencia-represión-más violencia sólo podía romperse quebrándola por su centro: si la represión era sustituida por la amnistía, la violencia carecería de móvil y cesaría como por ensalmo.

Fue un momento único y, claro está, irrepetible, aunque las gestoras pro amnistía volvieran a la carga desde el mismo mes de diciembre de 1977. Fue producto de las creencias de un tiempo más ingenuo, más cargado de ideología, pero también más amante del riesgo, de andar en el filo de la navaja, de adoptar decisiones sin medir al centímetro sus posibles resultados. A este respecto, cualquier parecido con la situación actual será pura coincidencia: a nadie se le ocurre hoy la disparatada idea de sacar a la calle a miembros de una organización terrorista sin previo y contrastado abandono de las armas.

Pero aun para que ese abandono se produzca, cualquier apariencia de cesión arrastraría consecuencias indeseables. No es preciso llenarse la boca clamando por la derrota del terror, pero la experiencia demuestra que el terror sólo desaparece cuando es derrotado. No sólo policialmente, también políticamente. Estaba lejos de ser así en la primera transición; no podrá ser de otra manera en esta segunda, de la que tal vez algún día acabaremos por salir con muchas ganas de entrar, sin ETA, en la tercera.